

LOS TRES MOSQUETEROS Y LAS TERTULIAS del Central

Por
FEDERICO
Villoch



UNO de los sentimientos que hacen la vida halagadora y soportable, no cabe duda que es el de la amistad, superior en muchos casos al mismo del amor, no obstante ser éste, según los poetas y filósofos, la más firme base de la compenetración universal. El gran biógrafo alemán Emil Ludwig pregunta: «¿Tiene la vida un regalo más grande que la amistad? Tiene dos o tres—se contesta—pero vienen más tarde». Montaigne, discutiendo sobre ello, en el ensayo que dedica a la memoria de su entrañable amigo La-Boetie, lo considera por su desinterés, por encima del cariño filial; estimando que el último extremo de la perfección en las relaciones que ligan a los humanos reside en la amistad; por lo general, agrega, «todas las simpatías que el amor, el interés y la necesidad privada o pública forjan y sostienen, son tanto menos generosas, tanto menos amistades, cuanto que a ellas se unen otros fines distintos a los de la amistad, considerada en sí misma». «El viejo Menandro—añade—llamaba dichoso al que había podido siquiera encontrar solamente la sombra de un amigo»; por lo que nos consideramos que lo fuimos, en efecto, como trataremos de demostrarlo, al disfrutar la grata compañía, no de uno, sino de tres; a cuyo recuerdo dedicamos la presente vieja postal descolorida.

Llamábanse: Don Joaquín Robreño, el «viejo Robreño», como se le decía familiarmente para distinguirlo de sus hijos Gus-

tavo y Pancho; Ramón Morales y Elías de los Ríos, Ríos a secas, como le llamábamos «los del teatro». El primero era descendiente de una ilustre familia de actores españoles, muy conocida en Cuba; y uno de cuyos abuelos suena en España como fundador, con otros, del muy glorioso teatro catalán, siendo también en sus mocedades actor de renombre aquí en la Isla donde nació el propio Don Joaquín. Ramón Morales figuró desde su primera juventud entre los más fecundos y renombrados autores del género bufo cubano; y Ríos, aunque en sus últimos años ocupaba un importante empleo en la casa consignataria, aquí en la Habana, de la Trasatlántica Española, también perteneció al teatro en calidad de actor cómico y galán joven una buena parte de su vida. Como se ve, estos tres amigos y el que escribe eran todos de la misma «cuerda». No cabe duda de que Dios nos cría... y luego nos juntamos.

El viejo Robreño era un pozo de recuerdos y de anécdotas teatrales que refería, ensartándolos unos detrás de otros, con su charla fácil e inagotable, y aquella su voccecita de tono blando, continua y un poco velada, semejante al correr de una pila de agua a cuarto de llave. Tenía siempre a mano, para cada caso, una de aquellas anécdotas, y diciendo: «Esto me recuerda...» abría la espita, y allá iba el cuento. Esto sin traer a colación sus casos íntimos y lances de entre bastidores, que, como buen galán joven que fue—y no mal mozo—los tuvo, y los contaba a cientos. Don Joaquín le refería a sus íntimos,

con lujo de detalles, el naufragio o embarrancamiento de la goleta «La Afortunada», en el año 1838, en unos bajos, cincuenta leguas al sur de la isla del Caimán Grande, yendo de Jamaica para Santiago de Cuba, y en la cual figuraban como pasajeros varios miembros de su familia, entre ellos su abuelo don José Robreño, fundador del teatro catalán como dijimos, que murió de sed en aquel accidente en medio de los más horrosos sufrimientos.

Un de aquellos familiares—contaba don Joaquín—un día antes de su muerte, dió en la manía de repetir incansablemente las cantidades 17-24, 17-24, 17-24, y atraídos por la cábala los tres o cuatro que andábamos de costumbre con el viejo Robreño, tuvimos la idea de suscribirnos al billete número 1724, de nuestra Lotería Nacional, seguros de que un día u otro obtendría el primer premio, pero la suerte no cree en cábalas ni en combinaciones, como sabemos todos los que en ellas hemos creído muchas veces, y al cabo de largos años de no ver jamás dicho número en la lista, ni agraciado siquiera con un modesto premio de los chicos, determinamos dejarlo, lo que no nos pesó después de todo, pues al cabo de tantos sorteos, la tal bolita marcada con el 1724 sigue en el oscuro fondo del enorme bombo lotero, durmiendo el tranquilo sueño de los justos, sin que se le haya ocurrido salir una vez sola.

Ramón Morales era un almanaque de chistes y de ocurrencias que se le venían a la mente sin el menor esfuerzo, y era además, por encima de todo, un simpático bohemio de pura raza. Desinteresado a carta cabal, todo lo suyo era de sus amigos, dándose fre-

cuentemente el caso de invitar a un compañero a alguna comida, en gracia de estar bien de fondos; pero al encontrarse en el camino con uno de aquellos «cuabas», o «gorrones», que conocían su manera de ser—¡oh, manes de Mijara, y otros, no nos dejaréis mentir!—le pedía el tal un par de pesos, o lo que se le antojara, «para comprarle medicinas a su esposa enferma», es un decir, y allá le alargaba Ramón la mano generosa con todo lo que precisamente contaba para pagarle la invitación a sus amigos.

—Pero, ¿y nosotros, Ramón?—le preguntaban los invitados.

Y él contestaba imperturbable, parodiando siempre en tono de broma alguna frase de teatro, esta del Tenorio, por ejemplo:

—Culpa mía no fué; fué el destino...

Escritor fácil y de inagotable vena cómica, aunque apático y dormilón, había materialmente que pincharle para que escribiese; si bien cuando lo hacía era para darle vida a obras tan conocidas y aplaudidas como «El Proceso del Oso», «El Paso de la Malanga», «La Plancha H», «Los Globos Dirigibles», «El Cañón Ordoñez», etc., etc.

Entre los escritores costumbristas cubanos modernos, Ramón Morales puede ocupar un puesto de primera fila, pero era desconocido para muchos a causa de escribir casi siempre en periódicos de escasa circulación o de popularidad tan extremada—como «La Caricatura»—que no tenían gran ascendencia en el aprecio literario; su estilo era correcto, su gracia abundosa, su diálogo fácil y movido, y su observación fina y atinada, cualidades las primeras que deben destacarse en un buen escritor de costumbres. Pero era además un burlón y un escéptico tan sin límites, que él mismo oscureció su personalidad literaria, de mérito indiscutible. Con sólo reproducir hoy uno de sus innumerables artículos se vería que estamos en lo cierto: «El Día de Sorteo», «El Santo de Cuchita», «Mi Perrito Lindo», «El Dominó Rosa», etc. Tenía el chiste rápido, fácil y oportuno. Algunos podríamos citar si no temiésemos extendernos demasiado en estos puntos. Uno, sin embargo, vamos a referirle al lector, quien podrá sacar por él en consecuencia la espontaneidad de los otros. Un barrendero del teatro «Alhambra» leía, en presencia de Morales, en alta voz, la carta que desde Quivicán le escribía un amigo que había sentado plaza en el ejército español—estábamos en la guerra de independencia—después de haber dejado el puesto que aquí en la Habana ocupaba en el Circo Pubillones, de criado para barrer la pista, colocar la alfombra, sacar los caballos, etc., etc. El soldado le decía en su carta al amigo que «estaba destacado en Quivicán»; pero el lector, que no sabía leer a derecha, leía trabajosamente: «estoy aquí... en Quivicán... de estaca... de estaca...»

Y Morales saltó rápido:

—Pues si está de estaca, ha ascendido, porque aquí era tarugo.

Desde su juventud se había dedicado Morales a recortar, recoger y guardar de libros y periódicos cuantos datos le sirvieran para una gran enciclopedia cubana que tenía proyectado publicar en su día, y que sus íntimos consideraban de gran interés para la cultura nacional. Estos datos los iba recopilando guardando en un gran cajón que llevaba consigo en todas sus mudanzas de casa, y al que él llamaba «Don Basilio». Enterado de esto a la muerte de Morales, el bibliófilo Domingo Figarola y Caneda, director entonces de la Biblioteca Nacional, nos visitó para pedirnos datos sobre el asunto, los que le facilitamos, sin haber tenido después noticia del resultado de sus investigaciones. Tenía Morales, como dijimos, una ocurrencia para todo. Su última frase, a la hora de su muerte, como buen actor bufo criollo, y que oímos y recordamos los que rodeábamos su lecho, fué:

—¡Quiriribá mandinga!

(Continúa en la página 16)